

Morir, dormir, soñar acaso...

¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ (1817-92), «María»

Alfonso Bolado

A noche tuve un sueño. Un sueño perversamente pesimista, pero al menos no tan relamido como el de Martin Luther King. Soñé que Nietzsche (los dos estábamos enamorados de Lou Andreas-Salome) me decía que Dios había muerto. Me alegré. Pensé que por fin el ser humano abandonaba la condición de quien «aún no se ha ganado a sí mismo o que ha vuelto a perderse», como decía Marx.

Pero no. Resultaba que ese Dios solo era un demiurgo tras el que estaba otro dios; uno bastante nuevo pero ya muy crecido, que se llama Capital y cohabita con sus avatares, la Propiedad Privada y el Mercado: tres personas distintas y un solo dios verdadero.

Se trata de un ente incorpóreo, eterno –tan eterno que es más fácil concebir el fin del mundo que su propio fin–, omnipotente y omnipresente, tanto como los demiurgos monoteístas. Pero no es, como el musulmán, *al-rahman al-rahim*, clemente y misericordioso, sino, como el Yahvé judío, cruel y rencoroso con los que no aceptan (como le sucedió a Grecia) sus designios. Los cuales son ejecutados por los «mercados» a través del brazo secular de sus representantes en la Tierra, esa nueva Inquisición formada por fondos de inversión, agencias de calificación, bancos transnacionales, dirigentes políticos y, cada vez menos, oligarcas individuales. Todos ellos unidos en la comunión con la ley, llamada neoliberal, de ese dios: la acumulación desenfrenada a través de la maximización del beneficio, la rapiña, la especulación y

el uso totalitario de las nuevas tecnologías, que le dan el carácter virtual que forma parte de su esencia.

Para esa nueva religión no existen la moral, la decencia o incluso la compostura, que diría Thomas de Quincey; hasta la compasión –no la solidaridad, porque una de sus víctimas ha sido la sociedad– cotiza a la baja, lo mismo que la democracia, que quedan para los raritos, los ilusos o los demagogos. Solo existe el éxito, entendido, del mismo modo que todo incluso lo espiritual, como algo mensurable en términos monetarios.

¿Y qué pasa con los *servi domini* que están bajo su poder? Pues, como las viejas religiones, esta les promete un futuro paraíso productivista-consumista, a cambio de los sufrimientos del presente. Para ello deben aceptar que el trabajo, ese relicario de la dignidad, ya no es un factor de la producción, sino un gasto que, como tal, debe ser minorado o directamente amortizado. Sacrificado en el altar del beneficio.

Pero «muchos son los llamados y pocos los escogidos», no por la maldad, la codicia o la estupidez de los

Para esa nueva religión no existen la moral, la decencia o incluso la compostura, que diría Thomas de Quincey; hasta la compasión cotiza a la baja, lo mismo que la democracia, que quedan para los raritos, los ilusos o los demagogos.

sumos sacerdotes (aunque también: son la plasmación subjetiva de la ley neoliberal), sino por la naturaleza misma de esta religión. Para soportarlo, ofrece a sus creyentes el éxtasis gregario de la cultura de masas, los espectáculos de masas, la religión de masas, la política de masas, el consumo de masas. De ellos, de los creyentes, se podría afirmar, con el viejo dicho anarquista, que «del miedo a ser libre nace el orgullo de ser esclavo».

Después me vi, como en *La barca de Dante* de Delacroix, navegando sobre un mar oscuro, en el que chapoteaban los réprobos, los expulsados a patadas del paraíso por la ley (productivista) del nuevo dios: los trabajadores precarios, los empobrecidos, los parados, los jóvenes sin futuro, los ateos y los heterodoxos que sospechan la falsedad seminal de la nueva creencia. Sin embargo, en ellos, en ese nuevo proletariado, titila una aspiración: la de «abandonar las ilusiones acerca de un estado de cosas, [que] es lo mismo que exigir que se abandone un estado de cosas que necesita ilusiones»; eso decía el viejo Marx, al que la nueva religión ha excomulgado entre el regocijo de los verdaderos y falsos profetas. Es decir, de los que creen en la suprema sabiduría de su dios y de los que se han olvidado de que destruir ese dios y su religión, y pugnar por ello, era, es y seguirá siendo la condición necesaria para lograr la emancipación del ser humano y alcanzar así su plenitud.

Cuando desperté, «las tinieblas cubrían la superficie del abismo y el espíritu de [ese] dios se cernía sobre las aguas» (Gén. 1, 2). Y *Página Abierta* ya no estaba. ■